mos" y dejáronlos, y fueron donde estaban los españoles parados en el camino todos los señores y caciques, con algunos arcos y flechas, y rescibiéronlos muy bien, y abrazáronlos á todos, y llegaron todos á los patios de los ques grandes y soltaron allí los tiros, y cayéronse todos los indios en el suelo de miedo, y empezaron á escaramuzar en el patio que era muy grande, y fueron despues á las casas del cazonci y viéronlas y tornáronse al patio de los cinco ques grandes, y aposentáronse en las casas de los papas, que tenian diez varas, que ellos llaman *pirimu*, en ancho, y en los ques questaban las entradas de los ques, y las gradas llenas de sangre, del sacrificio que habian hecho. Y aun estaban por allí muchos cuerpos de los sacrificados, y llegábanse los españoles y mirábanles si tenian barbas, y como subieron á los ques, echaron las piedras del sacrificio á rodar por las gradas abajo, y á un dios que estaba allí llamado *Curitacaheri*, mensajero de los dioses. Y mirábalo la gente, y decian: "¿por qué no se enojan nuestros dioses, cómo no los maldicen?" Y trujéronles mucha comida á los españoles, y no habia mujeres en la cibdad, que todas se habian huido y venido á Pazquaro y á otros pueblos, y los varones molian en las piedras para hacer pan para los españoles, y los señores y viejos. Y estuvieron los españoles seis lunas en la cibdad, (cada luna cuenta esta gente veinte dias) con todo su ejército, y gente de Méjico, y á todos les proveian de comer pan, y gallinas y huevos, y pescado que hay mucho en la laguna, y desde há cuatro dias que llegaron, empezaron á preguntar por los ídolos, y dijéronles los señores que no tenian ídolos. Y pidiéronles sus atavíos, y llevároules muchos plumajes, y rodelas, y máscaras, y quemáronlo todo los españoles en el patio. Despues desto, empezáronles á pedir oro, y en-

traron muchos españoles á buscar oro á las casas del cazonci.

Del tesoro grande que tenia el cazonci y donde lo tenia repartido; y como llevó don Pedro al marqués docientas cargas de oro y plata, y de como mandó matar el cazonci unos principales porque le habian querido matar.

Tenia pues el cazonci de sus antepasados mucho oro é plata en joyas de rodelas y brazaletes, y medias lunas y bezotes y orejeras que tenia para sus fiestas y areitos. E inquirióse de los que lo guardaban que tanta cantidad sería, y dellos dijeron y otros aun no han dicho, tenia en su casa cuarenta arcas, veinte de oro y veinte de plata, que llamaban *chupiri*, dedicado para las fiestas de sus dioses. Mucha cosa debia de ser. Tenia ansimismo joyas suyas en su casa, en otra parte llamadas *Yhechenirenba*, en gran cantidad; tenia ansimismo en una isla de la laguna llamada *Apupato* diez arcas de plata fina en rodelas; en cada arca docientas rodelas y mitras para los cativos que sacrificaban, é mill é seiscientos plumajes verdes *Curicaberi*, otros tantos la diosa *Xaratanga*, y otro su hijo *Manovapa*, y cuarenta jubones de pluma rica, y cuarenta de pluma de papagayos. Estos habian puesto allí sus bisagüelos del cazonci. Tenia ansimismo en otra casa otras diez arcas de rodelas, en cada arca docientas rodelas, que no era muy fina la plata, y habíala puesto allí su padre del cazonci muerto llamado *Zuangua*: y cuatro mill é setecientos plumajes verdes, y cinco jubones de aquella pluma rica lla-

mada *chatani* y cinco de papagayos. En otra isla llamada *Xanecho* tenia ocho arcas de rodelas de plata y mitras llamadas *angaruti*, plata fina; cada docientas rodelas en cada arca y mitras de plata, y unas como tortas redondas llamabas *curinda* cuatrocientas; y esta plata habia puesto allí su padre llamado *Zuangua* dedicadas á la luna.

Ansímismo tenia en otra isla llamada *Pacandan*, cuatro arcas de rodelas de plata fina, cada cien rodelas en cada arca y veinte rodelas de oro fino que estaban repartidas en aquellas arcas, en cada arca cinco; estaban alli sus guardas, y de padres á hijos venia por su subcesion guardar este tesoro. Y hacian sementeras y ofrescianlas á aquella plata, y habia un tesorero mayor sobre todo.

Asimismo tenia en otra isla llamada *Uranseni* otro tesoro de oro en joyas. No me han dicho el número que era.

En la misma isla de *Apupato* tenia otro tesoro de plata.

Dice adelante la historia: pues como entraron los españoles en sus casas del cazonci donde estaban las cuarenta cajas, veinte de oro y veinte de plata en rodelas, empezaron á hurtar de las cajas, que debian de ser algunos mozos, y metíanlas debajo las capas, y viéronlos las mujeres del cazonci, y salieron tras ellos con unas cañas macizas y empezáronles de dar de palos. Aunque estaban con sus espadas no les osaron hacer mal. Ponian las manos en las cabezas por defenderse de los palos, y á unos se les caian por huir, otros las llevaban, y estaban por allí los prencipales, y las mujeres empezáronlos á deshonrar, diciéndoles que para que traian aquellos bezotes de valientes hombres, que no eran para defender aquel oro y plata que llevaba aquella gente, que no tenian ver-

güenza de traer bezotes. Y los prencipales dijéronles que no les hiciesen mal, que suyo era aquello de aquellos dioses que lo llevaban. Sabiendo Cristóbal de Oli de aquellas arcas hízolas sacar fuera, y llevároulas á las casas de los papas, donde estos posaban, y abriéronlas y enpenzaron á escojer las rodelas mas finas; y las que no eran tanto ponianlas á otra parte, y partianlas por medio con las espadas, y pusiéronlas en unas mantas, y hicieron docientas cargas dellas, y mandó el capitan Cristóbal de Oli á don Pedro que llevase todo aquel oro y plata á Méjlco al gobernador, el señor marqués del Valle. Y dijo que fuesen de veinte en veinte indios que se viesen unos á otros por el camino; y pusiéronles unas banderillas encima de las cargas, y dijéronles á los *tamemes* que se viesen unos á otros por el camino, y que viesen aquellas banderillas. Y llegó don Pedro y unos españoles que iban con aquellas cargas, y presentáronlo al marqués que estaba á la sazon en un pueblo de Méjico llamado Cuyacan, y contaron las cargas, y preguntó el marqués á don Pedro que dónde estaba el cazonci, que dónde habia ido. Díjole don Pedro: "Señor, ahogóse en la laguna pasándola por venir de presto á saliros á rescibir." Díjole el marqués: "pues ques muerto, quien será señor; no tiene algunos hermanos?" Díjole don Pedro: "Señor, no tiene hermanos." Díjole el marqués: "pues qué se ha hecho de *Huzizilci*, qué parentesco tiene con él." Díjole don Pedro: "Señor, no tiene parentesco con él, yo y él somos hermanos de un vientre." Díjole el marqués: "ese será Señor, seas bien venido." Entónces dióle unos collares de turquesas, y díjole: "Estos tenia para dalle al cazonci, enpero pues se ha ahogado, échalo allí donde se ahogó, para que lo lleve consigo." Despues que le man-

dó dar de comer, díjole el marqués: "Vé á Méjico y verás como le destruimos." Y lleváronle unos prencipales á Méjico, que nunca había ido allá en toda su vida, ni sus antepasados mucho tiempo habia, y saliéronle los señores á rescibir, y diéronle flores y mantas ricas, y dijéronle á él é á otros prencipales que iban con él: "Bien seais venidos chichimecas de Mechuacan: ahora nuevamente nos hemos visto, no sabemos quien son estos dioses que nos han destruido y nos han conquistado; mira esta cibdad de Méjico nombrada de nuestro dios *Zinziviquexo*, cual está toda desolada! A todos nos han puesto naguas de mujeres. Como nos han parado tan bien! Os han conquistado á vosotros que érades nombrados? Sea ansí como han querido los dioses. Esforzaos en vuetros corazones! Esto habemos visto é sabido nosotros que somos muchachos. No sé que supieron y vieron nuestros antepasados. Muy poco supieron: nosotros lo habemos visto y sabido siendo muchachos." Respondióles don Pedro y dijo: "ya, señores, me habeis consolado con lo que nos habeis dicho: ya nos habeis visto: ¿cómo nos viéramos y visitáramos si no nos tratáran desta manera? Seamos hermanos por muchos años, pues que ha placido á los dioses que quedemos nosotros y escapamos de sus manos, sirvámoslos y hagámosles sementeras. No sabemos qué gente vendrá, mas obedezcámoslos. Baste esto y tornémonos á Cuyacan al marqués, pues habemos visto á Méjico. Y diéronse unos á otros mantas ricas y otras joyas, y volvió don Pedro con los suyos á Cuyacan, y envió el marqués que los saliesen á rescibir.

Y habian traido unas cartas de la cibdad de Mechuacan que decian haber hallado al cazonci, y llamó el marqués á don Pedro y díjole: "Vén acá, porque me dejistes que era ahogado el cazonci, que dicen questá en el monte escondido? Que dos prencipales amedrentaron y ellos lo descubrieron?" Díjole don Pedro: "quizá ansí es como dicen, quizá salió alguna parte de la laguna en alguna isla pequeña, y se iria huyendo, y no le vimos cuando se fué. Y empezó á llorar de miedo que le habian de mandar matar, y díjole el marqués: "no llores, vé á tu tierra, mañana te daré una carta, y de aquí á tres dias te irás." Díjole don Pedro: "Sea ansí, señor, bien es lo que dices." Y al siguiente dia diéronle una carta, y dióle muchos charchuis y turquesas para él, y díjole: "dí al cazonci que venga donde yo estoy, que no tenga miedo, que se venga á sus casas á Mechuacan, que no le harán mal los españoles, y véndrame á visitar. Y despidióse, y vino á Mechuacan, y juntáronse los señores y caciques, y contóles como les habia ido, y lo que decia el marqués, é holgáronse mucho. Y fueron por el cazonci *Vicicilá* y dos españoles, y adelantóse de los españoles y llegó á Uranpan donde estaba el cazonci, y díjole: "Señor, vamos á la cibdad, que vienen por tí dos españoles, y yo me adelanté, no hayas miedo, esfuérzate." Y díjole el cazonci: "Vamos, hermano, no sé donde me hicieron venir los que me han tratado desta manera por rencor que tienen conmigo, que de verdad no son mis parientes." Y como se quisiese partir dijéronle aquellos prencipales que le habian quisido matar; "señor, qué haremos?" Díjoles: "allá voy, á Mechuacan, y quedáronse allí aquellos prencipales, y toparon con los españoles, y abrazáronle y dijéronle no hayas miedo que no te harán mal: que por tí venimos.

Díjoles el cazonci: "Vamos, señores," y llegaron á Pascuaro, y salióle á recibir don Pedro, y salúdolo y díjole: "Señor: seas bien venido." Díjole el cazonci: "y tú tambien seas bien venido hermano. Cómo te fué donde fuiste?" Díjole don Pedro: "muy bien me fué, y no hay ningun peligro; todos los españoles están alegres; dijo el capitan que vayas á velle allá á Méjico." Díjo el cazonci: vamos pues, que ya me traen." Y llegaron á la cibdad y empezaron á ponelle guarda al cazonci; porque no se les ascondiese otra vez, y pidiéronle oro: y llamó sus prencipales y díjoles: "vení acá: hermanos, dónde llevaron el oro que estaba aquí?" Dijéronle: "señor, ya lo llevaron todo á Méjico." Díjoles el cazonci: "dónde iremos por mas? Mostrémosles lo que está en las islas de Pacandan y Hurandan." Y envió unos prencipales que se lo mostrasen á los españoles, y vinieron los españoles de noche y ataron todo aquel oro en cargas, y hicieron ochenta cargas de aquel oro de rodelas y mitras, y llevároulo de noche á la cibdad, y dijo Cristobal de Oli al cazonci: "porque das tan poco, trae mas, que mucho oro tienes, para qué lo quieres?" Y decía el cazonci á sus prencipales: "¿para qué quieren este oro, débenlo de comer estos dioses, por eso lo quieren tanto." Y mandó que mostrasen á los españoles mas oro y plata questaba en una isla llamada *Apupato*, y hicieron sesenta cargas dello, y en otra ísla llamada *Utuyo* diez cajas, que hicieron de toda aquella vez trescientas cargas de oro y plata, y dijo el cazonci, "¿qué haremos que ya nos lo han quitado todo." Dijo á los españoles que no tenian mas. Y díjoles: "esto que estaba aquí no era nuestro, mas de vosotros que sois dioses; y ahora os lo llevais porque era vuestro." Díjole Cristóbal de Oli: "bien está,

quizas dices verdad que no tienes mas, mas tú has de ir con estas cargas á Méjico. Díjoles el cazonci: "que me place, señores, yo iré."

Y partióse para Méjico con todos los señores y prencipales y caciques de la provincia, y iba llorando por el camino, y decia á don Pedro y su hermano *Huicizilci*: "quizá no me dejistes verdad en lo que me dejistes que estaban alegres los españoles en Méjico, escápeme de las manos de aquellos prencipales que me querian matar, y vosotros me quereis hacer matar allá en Méjico: y me habeis mentido." Dijéronle ellos: "señor, no te habemos mentido, la verdad te dijimos; como no llegarás allá y lo verás? Mucho se holgarán con tu venida: di esto que dices allá, despues que hayas llegado y no aquí, y allá verás si mentimos y allá creerás lo que te dijimos." Y llegó á Cuyacan donde estaba el marqués, y holgóse mucho con él y rescibióle muy bien, y díjole: "seas bien venido, no rescibas pena, anda á ver lo que hizo un hijo de Montezuma, allí le tenemos preso, porque sacrificó muchos de nosotros." Y hizo llamar todos los señores de Méjico el marqués, y dijoles como era venido el señor de Mechuacan, que se alegrasen, y que le hiciesen convites, y que se quisiesen mucho, y señaláronle al cazonci unas casas donde estuviese, y fué á ver el hijo de Montezuma, y tenia quemados los piés, y dijéronle: "ya le has visto como está por lo que hizo, no seas tú malo como él." Y estuvo alli cuatro dias, y hiciéronle muchas fiestas los mejicanos, y alegróse mucho el cazonci y dijo: "ciertamente son liberales los españoles, no os creia:" Y dijéronle los prencipales: "ya señor has visto que no te mentiamos, no nos apartaremos de ti, nosotros entenderemos en lo que nos mandaren los

españoles y los navatlatos: come y güelga, y non rescibas pena; veamos lo que dirán y nos mandarán." Y llamóle el marqués, y díjole: "véte á tu tierra, ya te tengo por hermano; haz llevar á tu gente estas áncoras, no hagas mal á los españoles que estan allá en tu señorío por que no te maten, dales de comer y no pidas á los pueblos tributos que los tengo de encomendar á los españoles." Y díjole el cazonci que ansi lo haria, que ya le habia visto, y díjole: "yo vendré mas veces á visitarte." Y partiosé con sus prencipales y venia holgando y jugando al patal por el camino, y llegó á Mechuacan, y los españoles no le hicieron mal, y díjole el capitan: "huelga en tu casa y reposa." Y ninguno entraba en su casa por que lo habia ansi mandado el capitan, que no entrasen sino sus prencipales. Y envió el cazonci á don Pedro con aquellas áncoras á Zacatula, que era por la fiesta á catorce de noviembre del presente año, y fueron á llevar las áncoras, mill é seiscientos hombres y dos españoles, y díjéronle en el camino á don Pedro que se compusiese porque le viesen los señores de Zacatula, y púsose muchos collares de turquesas al cuello, y llevaron las áncoras, y volvióse á Mechuacan con mucho cacao que le dieron los españoles para Cristóbal de Olí.

Luego como vino don Pedro, llamóle el cazonci y díjole, "ven acá, ¿qué haremos de aquellos prencipales que me quisieron matar por la soberbia que tuvieron que me escapé de sus manos? Ellos no se escaparán de las mias; vé y mátalos que eres valiente hombre." Díjole don Pedro: "señor, sea como mandas," y partióse y llevó cuarenta hombres consigo, cada uno con sus porras, y pasó la laguna en amanesciendo, y aquel prencipal llamado *Timas*, habíase huido á *Capacuero*, y tenia sus espías puestas por

los caminos. Ya sabia como le queria hacer matar el cazonci y estaba esperando quien le habia de ir á matar. Y llegó don Pedro con la gente que llevaba, y hallóle acostado con collares de turquesas al cuello y unas orejeras de oro en las orejas y cascabeles de oro en las piernas, y una guirnalda de trebol en la cabeza, y estaba borracho. Y don Pedro llevaba una carta en la mano, y como le vió aquel prencipal, díjole: "¿dónde vas?" Díjole don Pedro: "á Colima vamos, que nos envian allá los españoles." Y llegóse á él y díjole: "el cazonci ha dado senia de muerte contra tí." Díjole aquel prencipal, "¿por qué, qué he hecho yo?" Díjole don Pedro: "yo no lo sé, inviado soy." Díjole el prencipal llamado *Timas*: "por qué viniste tú? Eres tú valiente hombre: peleemos entrambos. ¿Con qué pelearemos, con arcos y flechas, ó con porras?" Díjole don Pedro: "con porras pelearemos." Díjole aquel prencipal: "que eres muy valiente hombre, ¿dónde estuviste tú en el peligro de las batallas donde pelean enemigos con enemigos? Dónde mataste tú allí alguno, á que veniste tú? Seas bien venido, pues que mi sobrino el cazonci lo manda, sea ansí. Yo poco faltó que no le maté á él; íos vosotros que no me habeis de matar; yo me ahorcaré mañana ó esotro dia, que sois muy avarientos los que venís y codiciosos los que me venís á matar." Díjole don Pedro: "dónde me has inviado tú que haya robado á nadie, tú eres el que robaste al cazonci y á sus hermanos, y mataste todos los señores, por qué tienes vergüenza de morir?" Y entróse aquel prencipal en un aposento de su casa y hízolo saber á sus mujeres, y quemaron mucho hilo y de sus alhajas para llevar consigo, y mató una de aquellas mujeres para llevar consigo, y tornó á salir donde estaba

don Pedro, y la gente que le venian á matar, y empezóles á dar de beber. Y tomó el vino don Pedro y arrojólo en el suelo, y díjole aquel prencipal: "por qué lo derramaste, ¿qué tenia?" Díjole don Pedro: "vínete yo por ventura á visitar para que me dieses á beber? Yo hambre tengo y no sede." Díjole aquel prencipal: "¿quién no sabe que eres valiente hombre y que conquistaste á Zacatula?" Y díjole don Pedro: "burlas en lo que dices que conquisté yo á Zacatula? No la conquistaron los españoles?" Y llegóse á él con todos los que llevaba consigo, y asieron dél, y decia: "paso, paso!" y acogotáronle con las porras, y quebrárónle la cabeza, y llevároule arrastrando ántes que muriese, y no supieron sus mujeres de su muerte, que pensaron que no le matarian tan presto. Y todos los que estaban con él huyeron de miedo, y entraron á su casa de los indios que llevaba don Pedro consigo, y empezaron á quitar las mantas á las mujeres, porque aquella costumbre era cuando mataban alguno que le robaban todo cuanto tenia en su casa, y díjoles don Pedro: "¿por qué les quitais las mantas?" Dijeron ellos: "esta costumbre es, señor." Y mandóselas tornar, y tornáronles sus mantas, y empezaron á llorar sus mujeres á aquel prencipal muerto, y á decir: "¡ay señor! espéranos que queremos ir contigo." Y díjoles don Pedro: "no lloreis, quedaos aquí que á él solo matamos, no vais á ninguna parte, estaos con sus hijos, y no hayais miedo." Y trujeron su hacienda y enterraron aquel prencipal en un lugar llamado *Capacuero*, y tornóse á la cibdad, y tornóle á inviar el cazonci á matar los otros prencipales que le habian quisido matar, y quítoles toda su hacienda.

Y fueron luego los españoles á conquistar á Colima, y

hasta las mujeres les llevaban las cargas, y fué por capitan de la gente que fué de guerra *Vizizilci*, y conquistaron á Colima, y no murió ningun español, y mataron y murieron muchos de Colima y sus pueblos. Y los indios de Mechuacan iban á la guerra con sus dioses vestidos como ellos solian en su tiempo, y sacrificaron muchos de aquellos indios, y no les decian nada los españoles, y volvieron los españoles y *Huzizilci* á Pannuco con mas gente, y despues con Cristóbal de Olí á las higueras, y allá murió.

Y vinieron los españoles desde á poco á contar los pueblos, y hicieron repartimiento dellos. Despues de esto, fué el cazonci á Méjico y díjole el marqués si tenia hijos, ó don Pedro, y dijeron que no tenian hijos. Que prencipales habia que tenian hijos? y mándolos traer para que se enseñasen la dotrina cristiana en san Francisco. Y estuvieron allá un año quince muchachos, que fueron por la fiesta de *Mazcoto*, á siete de junio, y amonestóles el cazonci que aprendiesen, que no estarian allá mas de un año, y desde á poco hubo capítulo de los padres de san Francisco en *Guaxacingo*, y enviaron por guardian un padre antiguo, muy buen religioso, con otros padres á la cibdad de Mechuacan, llamado fray Martin de Chaves: y holgáronse mucho los indios. Tomóse la primera casa en la cibdad de Mechuacan, habrá doce años ó trece, y empezaron á predicar la gente y quitalles sus borracheras, y estaban muy duros los indios. Estuvieron por los dejar los religiosos dos ó tres veces; despues vinieron mas religiosos de san Francisco y asentaron en Ucario, despues en *Cinapequaro*, y de allí fueron tomando casas y hízose el fruto que Nuestro Señor sabe en esta gente: de tan duros como estaban se ablandaron y dejaron sus borracheras y idolatrías y ciri-

monias, y bautizáronse todos, y cada dia van aprovechando y aprovecharán con el ayuda de Nuestro Señor.

De lo que decian los indios luego que vinieron españoles y religiosos, y de lo que trataban entre sí.

Luego como vieron los indios los españoles, de ver gente tan estraña y ver que no comian sus comidas de ellos, y que no se emborrachaban como ellos, llamábanlos *tucupacha*, que son dioses, y *teparacha* que son grandes hombres; y tambien toman este vocablo por dioses, y *acazecha*, ques gente que traien gorras y sombreros. Y despues andando el tiempo, los llamaron cristianos, decian que habian venido del cielo los vestidos que traian, decian que eran pellejos de hombres como los que ellos se vestian en sus fiestas; á los caballos llamaban venados, y otros *tuycen*, que eran unos como caballos que ellos hacian en una su fiesta de *cuingo*, de pan de bledos; y que las crines que eran cabellos postizos que les ponian á los caballos.

Decían al cazonci los indios que primero los vieron, que hablaban los caballos, que cuando estaban á caballo los españoles que les decian los caballos por tal parte habemos de ir: cuando los españoles les tiraban de la rienda decian que el trigo y semillas y vino que habian traido, que la madre *Cueravaperi* se lo habia dado cuando vinieron á la tierra. Cuando vieron los españoles é cuando vieron los religiosos con sus coronas y ansí vestidos pobremente, y que no querian oro ni plata, espantábanse, y como no tenian mujeres, decian que eran sacerdotes del

dios que habia venido á la tierra, y llamábanlos *curitiecha*, que eran sus sacerdotes que traian unas guirnaldas de hilo en las cabezas y unas entradas hechas. Espantábanse como no se vestian como los otros españoles, y decian: "dichosos estos que no quieren nada." Despues unos sacerdotes y hechiceros suyos, hiciéronles en creyente á la gente que los religiosos eran muertos, y que eran mortajas los hábitos que traian, y que de noche dentro de sus casas se deshacian todos, y se quedaban huesos, y dejaban allí los hábitos, y que iban allá al infierno donde tenian sus mujeres, y que vinian á la mañana, y esta irronia duróles mucho, hasta que fueron mas entendiendo. Decian que no morian los españoles, que eran inmortales.

Tambien aquellos hechiceros hiciéronles en creyente que el agua con que se bautizaban, que les echaban encima las cabezas, que era sangre, y que les hendian las cabezas á sus hijos, y por eso no los osaban bautizar, que decian que se les habian de morir. Llamaban á las cruces Santa María, porque no habian oido la dotrina, y tenian las cruces por dios como los quellos tenian. Cuando les decian que habian de ir al cielo no lo creian y decian: "nunca vemos ir ninguno." No creian nada de lo que les decian los religiosos, ni se osaban confiar dellos; decian que todos eran unos los españoles, y ellos pensaban que ellos se habian nascido ansí los frailes con los hábitos: que no habian sido niños. Y duróles mucho esto, y aun agora aún no se lo acaban de créer, que tuvieron madres.

Cuando decian misa decian que miraban en el agua, que eran hechiceros. No se osaban confiar ni decian verdad en las confisiones, pensando que los habian de matar, y si se confesaba alguno, estaban todos acechando como

se confesaba, y mas si era mujer. Preguntábanles despues qué les habian dicho ó preguntado aquel padre, y ellos decíanlo todo.

A las mujeres de Castilla llamaban *cuchaecha*, que son señoras y diosas.

Decian que hablaban las cartas que les daban para llevar á alguna parte, y por esto no osaban mentir alguna vez. Maravillábanse de cada cosa que vian. Como son amigos de novedades, las herraduras de los caballos decian que eran cotaras y zapatos de hierro de los caballos. En Taxcala trujeron para los caballos sus raciones de gallinas como para los españoles.—Lo que les pedricaban los religiosos espantábanse de oillo, y decian que eran hechiceros, que les decian lo que ellos hacian en sus casas, ó que alguno se lo venia á decir, ó qué era lo que ellos les habian confesado.

Como fué preso el cazonci, y del oro y plata que dió á Nuño de Guzman.

Esta relacion es de don Pedro gobernador.

Despues que vinieron á esta provincia españoles, estuvo el cazonci algunos años, y mandó la cibdad de Mechuacan, y todavía tenian reconoscimiento los señores de los pueblos que era su señor, y le servian secretamente. Invió el señor marqués á la cibdad un hombre de bien llamado Caicedo, que tuviese en cargo los indios de la cibdad. Y tenia consigo un intérpetre buena lengua, español, segun dicen, y por mal tratamiento que hacia á los

indios estando el cazonci ausente, questaba en Pazcuaro, emborrachárонse aquellos prencipales, y tomaron sus arcos y flechas, y fueron tras él, que huyó, y era gran corredor, y alcanzáronle cuatro dellos y flecháronle; y él ántes que le flechasen dió de puñaladas á uno dellos y matóle. Despues súpolo la justicia y vino á hacer justicia desde Méjico el bachiller Hortega, y aporreó aquellos prencipales que habian sido en la muerte de aquel mancebo intérpetre.

Como vinieron los religiosos de San Francisco bautizóse el cazonci, y llamóse don Francisco, y dió dos hijos que tenia para que los enseñasen los religiosos.

Ansimismo los españoles no trataban bien los indios y desmandábanse, y mataron otro español en Xicalán, pueblo de Vinapa, y el bachiller Hortega hizo muchos dellos esclavos, y despóblose casi aquel pueblo, y ansimismo murieron mas españoles en otros pueblos. Decian que lo mandaba el cazonci. El se escusaba y decia que matasen á los indios que los habian muerto, quél no los habia mandado matar.

Por esto y por el servicio que le hacian los indios de los pueblos, los españoles concibieron contra él ira, y quejáronse de él que mandaba matar los españoles, y que bailaba con los pellejos de los españoles vestido, que robaba los pueblos, que habia hecho gente de guerra contra los españoles. Que la habia inviado á un pueblo llamado *Cuinao*, que la tenia allí para matar los españoles.

En este tiempo vino por presidente desde Panuco Nuño de Guzman.

Aquí se contará la relacion que don Pedro dió, ques agora gobernador, de la muerte del cazonci que se halló en ella y súpolo todo como pasó, y es esta siguiente: